

ANTEQUERA

A LA SALIDA DEL SOL



**‘A mis pies, en el regazo de las colinas, yacía la vieja ciudad guerrera tantas veces mencionada en crónicas y romances’
(W. Irving)**



A la izquierda, una pareja de turistas observa la *Peña de los Enamorados* desde uno de los caminos de la Alcazaba. Arriba, la Alcazaba con la Peña de los Enamorados al fondo.

Cuentan que fue el infante Don Fernando de Castilla, futuro Fernando I de Aragón, el que una madrugada de marzo de 1410 se plantó con sus tropas ante la otrora imbatible alcazaba de Medina Antakira y dijo a los suyos aquello de “¡Salga el sol por Antequera!” Seiscientos años cumplidos ya y, de tan importante, aún forma hoy parte del acervo popular español.

Texto y fotos: J. ORTIZ

SUCEDIÓ que para los andalusíes, tras haber perdido en el último siglo lugares tan importantes como Sevilla y Jaén, Antequera se convirtió en una plaza militar de máxima importancia, por su posición fronteriza, y en centro de operaciones militares. Así que la primitiva Antikaria romana se situó en el punto de mira del reino de Castilla. Claro que tampoco se precipitaron: tuvo que morir Enrique III “El Dolierte”, dejar el trono a un bebé de dos años llamado después Juan II, designar regentes a Cata-

lina de Lancaster –su viuda y madre del “ro-ro”– y a su hermano, el ya citado infante, para que éste se pelease un poco con su cuñada, se hiciese cargo de la parte del reino más cercana a Granada y se decidiese a “tomar el sol” en el valle antequerano.

‘El de Antequera’ fue el sobrenombre que el rey Fernando I de Aragón llevó para el resto de su vida, aunque, según qué súbditos, también le llamaron “El Justo”, “El Honesto” o el “de Trastámara”. Y sí: han leído bien; porque el joven Fernando se fue al mando de sus tropas como

Monumento a los enamorados de la Peña, obra de Patricio de Toro, con la Puerta de Estepa entre éste y la plaza de toros.



Capilla tribuna Cruz Blanca.



Mire el lector la Alcazaba con ojos de cristiano viejo o de islámico peninsular, es lo mismo: corta la respiración

castellano, que para eso era hijo de Juan I de Castilla, pero reinó en Aragón, porque su señora madre era Leonor de Aragón... “Pero eso es otra historia” –Michel Ende *dixit*-. Por enredar un poco, recuérdese sólo que Fernando fue abuelo de El Católico y tío abuelo de La Católica. Todo quedó en casa...

Volviendo a 1410 –y aquí ya puede confesar el escriba que según qué crónicas la famosa frase del sol pudo ser entre abril y septiembre de ese año–, parece que los de Antakira no estaban ya para muchos líos tras casi un semestre de asedio, así que sacaron bandera

blanca y cambiaron la Medina por caballos, cabe suponer que también por salvoconducto, para retirarse a Archidona. No faltó quien definió el resultado como “el más honroso triunfo que las armas cristianas lograron desde la batalla del Salado hasta la rendición de Granada”. ¿Exagerado? Quizá no. Era la última plaza fuerte con plena capacidad de resistencia antes de llegar a Granada, a sólo 100 kilómetros de distancia, dicho sea sin menosprecio de Arsiduna (Archidona), debilitada por los frecuentes saqueos a que la sometieron los cristianos, antes y después de que los ante-

queranos andalusíes se trasladasen allí.

¿Qué Antequera vio el Infante cuando por fin “le salió” el sol? Si hoy impresiona la Alcazaba, con su potencial defensivo y estético al máximo debió de ser un espectáculo de primer orden. Mírela el lector con ojos de cristiano viejo o de islámico peninsular, es lo mismo: la Alcazaba corta la respiración tanto observada desde el alto que la proyecta hacia la Peña de los Enamorados, con todo el pueblo reluciente de blancos tendido a sus pies, como paseando su interior e imaginando a los defensores

corriendo desde el patio de armas hasta las torres Blanca, del Quiebro y del Homenaje o dispersándose por las murallas y oteando caminos con la adrenalina reventando en la sienes.

Siéntase el viajero, en fin, un Irving cualquiera: “Desde allí, sentado en las ruinas de una torre medio desmoronada, me recreé con un paisaje grande y variado, hermoso por sí mismo y repleto de románticos recuerdos históricos; porque me encontraba en el mismo corazón del país famoso por los caballerescos encuentros entre moros y cristianos. A mis pies, en el regazo de las colinas,

Torre del Homenaje, en la Alcazaba, o de Papabellotas (para pagar el campanario piramidal añadido, el municipio vendió en 1582 un alcornocal, de ahí el apodo).



Arco de los Gigantes abierto a la Colegiata de Santa María.



Plaza de los Escribanos, con pedro de Espinosa mirando desde su pedestal la muralla de la Alcazaba y el Arco de los Gigantes.



yacía la vieja ciudad guerrera tantas veces mencionada en crónicas y romances”.

Hace seiscientos años, los nuevos dueños de la ciudad encontraron, en el viejo asentamiento de todas las civilizaciones que poblaron la península, una impresionante variedad de restos romanos que sobrevivieron, incluso algunos se utilizaron tal cual por parte de los andalusíes, a la voracidad destructiva

de sus antepasados visigodos. Muestras de que los cartagineses estuvieron antes, las encontraron seguro –aún quedan–; incluso es posible que vieran señales de íberos y tartesos. Pero, ¿supieron que los dólmenes de Menga, Viera y El Romeral llevaban allí unos dos mil años? ¿Los identificaron? ¿Pensaron que seguramente tuvieron un carácter sacro? ¿Les provocó respeto, temor, rechazo...? Sea como sea, ahí sigue lo

que hoy se considera uno de los mejores conjuntos dolménicos de España; al menos de los más estudiados por su singularidad constructiva.

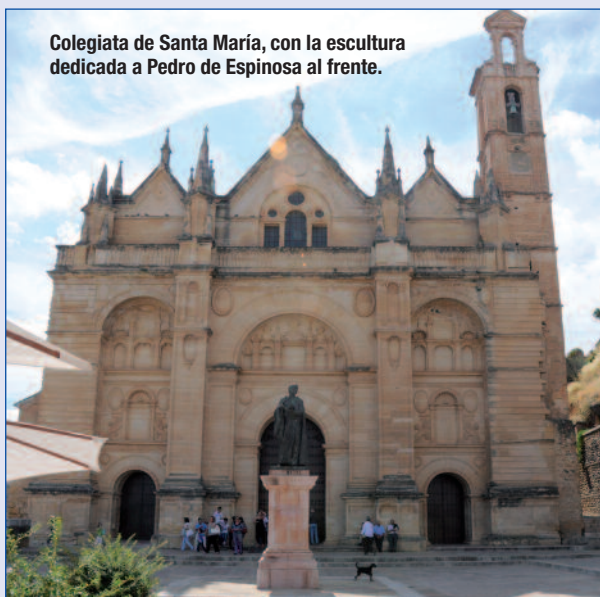
El sol que vieron Don Fernando y sus huestes en Antequera salió después de entonces muchas veces para muchas gentes que construyeron iglesias, palacetes, casas solariegas, conventos... Algunas obras, como la Colegiata de Santa María, aprovechando sillares romanos de los restos

cercanos, sí; pero creando el primer ejemplo de arquitectura renacentista que veía Andalucía. Y otras, como la Casa de los Pardo –sólo se conserva la fachada del siglo XVII–, de la que los estudiosos dicen que sigue unos cánones tan definidos que “parece estar inspirada en un tratado de arquitectura”.

Los descendientes de esos castellanos que se quedaron a vivir en la fértil vega bañada por el

En 1410, Antequera era una plaza militar andalusí de máxima importancia, por su posición fronteriza, y centro de operaciones militares

Colegiata de Santa María, con la escultura dedicada a Pedro de Espinosa al frente.



Coso Viejo, flanqueado por el Convento de Santa Catalina de Siena (izquierda) y el Palacio de Nájera, sede del Museo Municipal. En el centro, estatua ecuestre del Infante Don Fernando y tras él, la fuente de los Cuatro Elementos.



Guadalhorce, por supuesto, supieron de la Peña de los Enamorados y la historia que sobre ella se sigue contando cuando el crepúsculo apacigua el ritmo cotidiano de las calles. Parece que Tello, un joven cristiano antequerano, estaba preso en los calabozos del alcalde musulmán de Archidona. Tagzona, hija del mandatario andalusí, se enamora del cristiano, le libera y huyen. Sus perseguidores, con el padre de ella al frente, les alcanzan cerca de Antequera. Ellos se encaraman a la Peña y, viéndose perdi-

INFORMACIÓN

Turismo de Antequera

Plaza de San Sebastián, 7

Tel.: 952 702 505

oficina.turismo@antequera.es

www.antequera.es

ALOJAMIENTO

Parador de Antequera ****

C/ Real de la Alhambra, s/n

18009 Granada

Tel.: 958 221 440

antequera@parador.es

www.parador.es

RESTAURANTES Y TAPEO

La Espuela

Plaza de Toros de Antequera

(Bajo los tendidos del coso)

Tel.: 952 702 296

www.restauranteplazadetoros.com

El Angelote

Plaza del Coso Viejo, s/n

Tel.: 952 703 465

Caserío San Benito

Autovía A 45, salida 86

Tel.: 952 111 103

www.caseriodesanbenito.com



Plazuelilla Virgen de los Remedios, a espaldas del convento homónimo.

Quedan las sensaciones de un buen desayuno con *mollete* antequerano y aceite de oliva *hojiblanca* o un almuerzo compartiendo una ración generosa de porra

dos, se agarran las manos, se unen en un beso y saltan al vacío. Mucho más contundente que “Romero y Julieta” si se llega a contar en cinco actos y lo firma Shakespeare. Hay otras versiones de la leyenda, con variables en las filiaciones religiosas de los protagonistas; pero todas empiezan y terminan igual: amor no autorizado y salto hacia la eternidad... O hacia la nada.

Quedan algunas impresiones antequeranas que merecen todo un reportaje, como esa sala de exposición escultórica de la naturaleza que es El Torcal: cientos de formas caprichosas moldeadas por la erosión y el tiempo en todo un espléndido parque natural. Y quedan sensaciones como un buen desayuno con mollete antequerano y

aceite de oliva de allí, el de hojiblanca; o un almuerzo compartiendo con la gente que cultiva espárragos o patata temprana, de los que la región es exportadora y productora, respectivamente, de primer orden, una ración generosa de porra y un pedazo de ese monumento a la gula que es el bienmesabe: “Nos gustaba el bienmesabe de las Monjas de Belén —escribió el poeta antequerano Muñoz Rojas—, tomado con parsimonia, y su “buchito” de agua, con la almendra “cuscurrante” para dar firmeza a tanta “dulzonería”. Y decorado con primores de canela y azúcar representando cosas estupendas, como la Santa Cruz de Jerusalén o el Monte Carmelo. ¡Qué cercanía, Dios mío! ¡Qué roce de distintas delicias!” ■